

**“Apuntes personales sobre Identidad Persistente y Mutante...”**

por Henri Hebrard ([h.hebrard@henrihebrard.com](mailto:h.hebrard@henrihebrard.com))

**Panel de análisis sobre el ensayo de Federico Henríquez Grateraux “*Identidad Persistente y Mutante*”**

**Iniciativas para República Dominicana – Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra (PUCMM), recinto de Santo Domingo**

**Santo Domingo - 14 de Septiembre 2009**

Tengo que admitir que estoy sintiendo una curiosidad, una pasión y, por que no reconocerlo, una necesidad personal por el tema que presenta con inteligencia siempre, y con irreverencia a veces, el autor Federico Henríquez Grateraux.

Pero antes de dejarme llevar por esta curiosidad, esta pasión y esta necesidad, es preciso agradecer la invitación que recibí de Pelegrín Castillo la semana pasada para participar esta noche con distinguidos intelectuales dominicanos. Igualmente, don Federico, quisiera también agradecerle su ensayo que, después de perturbarme durante gran parte del fin de semana, me ha permitido entender mejor los grandes retos que enfrenta un país pequeño, pero muy abierto, como lo es la República Dominicana.

Probablemente, mi lectura de este ensayo habrá sido influenciada por mis múltiples raíces o por mis variadas actividades: sin duda alguna, he leído su texto con los ojos del analista económico que tiene unos años ya auscultando el devenir económico del país y pregonando la imperiosa necesidad para la sociedad dominicana de lograr definir un Plan de Nación; pero también he leído su texto como un ciudadano del mundo (y lo digo sin el cinismo de Diógenes pero sí con mi pasaporte francés) que dejó sus tierras de Francia hace veintitrés años, y que, después de haber vivido en varios países del Nuevo Continente (Venezuela, Brasil, Costa Rica, Estados Unidos y finalmente la República Dominicana) ha terminado enriqueciendo su propia identidad, cual identidad, hasta leer su texto, ignoraba su carácter a la vez persistente y mutante.

Con el permiso suyo y del público presente, quisiera tener el atrevimiento de formular tres preguntas alrededor de su ensayo, ya que, entiendo que el mismo permite sino tener las respuestas a esas preguntas, quizás más importante, nos ayuda a reflexionar sobre la importancia, y por que no decirlo, sobre la urgencia del tema de la Identidad Nacional para la República Dominicana.

**En primer lugar ¿Cómo definir este concepto de identidad nacional?**

Aunque Monseñor seguramente no comparta el concepto, Oscar Wilde decía: “*La mejor manera de acabar con la tentación es sucumbiendo a ella*”. Era tentador pues chequear las definiciones ofrecidas por los diccionarios.

En el caso de la Nación, los diccionarios definen tres dimensiones complementarias del concepto de Nación: una dimensión política, al decir “*la Nación es el conjunto de los habitantes de un país regido por un mismo gobierno*”; otra dimensión es geofísica al mencionar la Nación como “*territorio demarcado por fronteras trazadas por razones*

*históricas, físicas o económicas*”; y probablemente la más compleja de las tres dimensiones, la étnico cultural define la Nación como “*el conjunto de personas de un mismo origen étnico y que generalmente hablan el mismo idioma y tienen una tradición común.*”

El mismo concepto de Nación ha sufrido una evolución histórica como si su identidad fuera también persistente y mutante: en el siglo XII, el concepto nacional se derivaba más del latín “*Natio*” que viene del nacimiento, por lo que la Nación era antes que todo un grupo de personas nacidas en un mismo territorio; hay que esperar el siglo XVIII para que aparezca el concepto de “*personalidad jurídica*” donde la Nación constituye el conjunto de los ciudadanos de un país gozando de una soberanía; finalmente en los siglos XIX y XX florece el concepto actual de Nación como un grupo de hombres (y de mujeres) que tendrían consciencia de su unidad (sea histórica, lingüística, o cultural) y con aspiración a vivir juntos alrededor de un sistema de valores que sirva como referentes. En estos casos, el autor usa como ejemplo el caso de las “*agrias disputas sobre Alsacia-Lorena que protagonizaron alemanes y franceses*” las cuales “*añadieron aspectos nuevos al problema de la identidad*” con el tema de la “*elección*” y de la “*voluntad*”, retomando los términos de Edgar Morin: “*por la sangre o la biología Alsacia-Lorena era alemana (...) pero las gentes de Alsacia-Lorena preferían ser franceses*”.

Según Federico Henríquez Grateraux, la Nación es una “*cristalización histórica*”, mientras el Estado es un “*aparato político de coerción o fuerza*”. Sin embargo, para el autor, ambos conceptos descansan en la “*identidad de una población concreta*”. Y prosigue puntualizando que “*identidad es el conjunto de factores unitivos que todos los habitantes de un país perciben como propios, de modo inmediato, sin que medie el razonamiento, en primer lugar lengua y costumbres.*”

Como ejemplo luminoso para entender y discernir estos conceptos, el ensayo nos recuerda la historia del pueblo judío: su fuerte identidad permitió que a pesar de haber dejado de ser Estado durante casi dos milenios, nunca habían dejado de ser una nación. Habían logrado ser una Nación sin Estado.

Similarmente, pero más cercano de nosotros, con el caso de los Estados Unidos, nos muestra el autor la clara diferencia entre la identidad legal, expresada por la ciudadanía o “*la nacionalidad consignada en el pasaporte*”) y la identidad cultural (diría ¿real?) de los portadores de esos documentos civiles.

Como pudimos apreciar en el ensayo de Federico Henríquez Grateraux, la discusión y definición de la identidad nacional nos lleva a tratar de dilucidar la aparente contradicción entre dos términos: la identidad, que por definición, es una referencia necesariamente individual; y la Nación, que es una referencia necesariamente colectiva. Como lo menciona el autor: “*Nación es sólo unidad política, mientras que identidad es cohesión vital de muchedumbres.*”

Se pueden básicamente reconciliar las dos nociones cuando entendemos la identidad, no como un concepto estereotipado o petrificado, sino como la relación con los demás y con el entorno, lo que explica el carácter dual de la identidad: persistencia y mutabilidad. Esta última definición nos permite entender mejor y aceptar lo planteado por mi segunda pregunta.

### **¿Cómo lograr y aceptar la transformación de la identidad sin que se pierda la misma en este mutante camino?**

Hace quince años, en el ensayo *La Guerra Civil en el Corazón*, Federico Henríquez Grateraux escribía: “*El hombre es una entidad cambiante, mudadiza, que se desarrolla y se transforma en el tiempo, en el curso de la historia.(...) La identidad no es fija sino cambiante, con diversos acentos, con caras o facetas de cada época, como un poliedro que oscila a la luz de la historia.*”

La identidad es tanto mi escogencia (soy lo que soy), como la aceptación de mi escogencia por parte del otro; ella procede a la vez de una comparación como de un intercambio, lo que explica por que será necesariamente transformada por la relación con los demás, o con el entorno en el cual nos movemos. El hecho de que nuestro entorno sea sometido a profundos y rápidos cambios por motivo de la mundialización, obliga a tener un mejor conocimiento de nuestra propia identidad.

No es tarea fácil, ya que la integración que supone los flujos migratorios, por ejemplo, plantea un doble reto de identidad: reto para la sociedad (o Nación) que debe recibir e integrar a unos emigrantes cuya cultura, religión y hasta idioma son diferentes; pero reto también para el emigrante que debe asimilar los valores de la nueva Nación, renunciando probablemente a parte de lo que hasta el momento era su identidad.

En efecto, si la parte persistente de nuestra identidad es débil, la parte mutante de la misma puede llegar a romper el necesario equilibrio entre persistencia y mutabilidad. Cuando se producen estas rupturas en el balance, las sociedades corren hasta el peligro de la desaparición, como lo advierte el autor en su ensayo: “*cuando se rompe el equilibrio entre persistencia y mutación, puede ocurrir un descalabro colectivo como el que sufrieron los tainos en la isla de Santo Domingo.*”

En cambio, si se acepta la Identidad Nacional como un rompecabezas, entonces, cada pieza es importante y tiene que ser manipulada con discernimiento, ya que al contribuir a la definición de la identidad nacional, esta pieza no desaparece en el rompecabezas, sino más bien adquiere un segundo sentido.

### **Finalmente, ¿Es posible definir un Proyecto de Nación sin conocer o haber claramente definido la identidad nacional?**

Claramente, como lo explica magistralmente el autor, la identidad nacional es tanto lo que uno es, como lo que se proyecta ser; de ahí la imposibilidad de definir un proyecto nacional sin tener clara consciencia de lo que uno es. Aceptar la mochila, por más cargada que sea, es ejercicio obligado y enriquecedor. La identidad nacional es un proceso histórico - quisiera decir un “producto” histórico - , es una realidad construida por la historia y que se afina en la misma historia, de allí la necesidad, en el caso de la República Dominicana de asumir el pasado y la herencia multicultural (taína, africana y europea).

En este sentido, entendemos que hay una responsabilidad especial por parte de las mal llamadas “élites” para poder definir el Proyecto de Nación. Frente a las grandes amenazas

globalizantes, la Nación (o debería decir el Estado) aparece como una protección contra estas amenazas. Esta responsabilidad, aclara el autor, no es para “*preservar los privilegios tradicionales de las elites gobernantes*” sino una responsabilidad social de liderazgo para orientar la Nación y conservar su identidad permitiendo que sea a la vez *persistente, mutante y aglutinante*.

Se plantea entonces el papel que debe asumir el Estado en esta re-proyección de la identidad nacional en un Proyecto de Nación: el espacio de esta identidad nacional con el control de las fronteras, o la soberanía que el Estado debe ejercer sobre sus espacios aéreos y marítimos; la administración centralizadora pero que también debe ser presente en cada rincón del país para asegurar una mejor cohesión del territorio; la respuesta colectiva (en vez de individual) a problemas colectivos como por ejemplo la salud, la educación y también la electricidad, en fin de cuenta, la adecuada utilización de los recursos públicos en pro de la colectividad.

Para que pueda existir esta “*comunidad*” de visión, necesariamente tiene que haber algo en común, sea el pasado, sea el presente, o quizás más importante, el futuro. Escoger esos valores comunes tendrá consecuencias persistentes sobre el futuro: la definición del papel del Estado; el modelo de identidad nacional tipo alemán donde se privilegian los valores étnicos y lingüísticos, o el modelo francés o estadounidense basado sobre el contrato social y que privilegia la organización social.

Independientemente del modelo, y ojala se supiera inventar un modelo auténticamente criollo, son tres las condiciones indispensables para que República Dominicana pueda definir su Identidad nacional y su Proyecto de Nación: una consciencia común; una fuerte interacción social entre sus miembros y lo más importante de todo, un acuerdo básico sobre los objetivos y propósitos comunes. En estos tiempos de integración económica y de apertura comercial, cuyas manifestaciones más evidentes y más controversiales son los acuerdos y tratados de libre comercio (TLC), Federico Henríquez Grateraux nos llama a reflexionar para evitar que esta integración económica signifique la desaparición por absorción comercial, económica y finalmente cultural, en una lucha desigual entre lo que el autor llama las “*grandes tribus*” y las “*pequeñas tribus*” y en la cual las “*grandes tribus buscarán abrirse el camino hacia la conquista de los mercados de las pequeñas tribus*”.

Pudiera haber terminado recordando la frase de Ernest Renan: “*Lo que constituye una Nación, no es hablar el mismo idioma, o pertenecer a un mismo grupo etnográfico común, sino es el haber logrado grandes cosas en el pasado, y querer seguir alcanzando más en el futuro.*”, pero preferí hacerlo con Julio Cesar cuando le advertía a Bruto: “***¡Los hombres son algunas veces dueños de sus destinos! ¡La culpa, querido Bruto, no es de nuestras estrellas, sino de nosotros mismos.***”

Muchas gracias,

Henri HEBRARD

Tel: 809-5654143 y Cel: 809-8626423

Correo: [h.hebrard@henrihebrard.com](mailto:h.hebrard@henrihebrard.com)